

ejercen su autoridad despótica. ¡ Cuantos hombres con su implacable humor hacen sufrir los mas intensos y continuos suplicios á todos los que les rodean! ¡ Cuantos hombres hay que se avergonzarian de pasar por crueles, y que dan á beber de continuo el veneno de la tristeza á los desgraciados que la suerte ha puesto en su poder! ¡ El avaro no se ha endurecido á la piedad? El disoluto, el pródigo, el fastuoso, ¿ no rehusan por lo comun lo necesario á las personas que mas razon tienen de amar, al paso que todo lo sacrifican á su vanidad, á su lujo, á sus criminales placeres? El descuido, la inatención, la negligencia, suelen ser muchas veces verdaderas crueldades. Todo aquel que, cuando puede, descuida ó no quiere remediar las desgracias de su semejante, es un bárbaro, á quien la sociedad debiera castigar con el vituperio y la infamia, y al que las leyes debieran hacer conocer los deberes de toda criatura sociable.

CAPITULO II.

Del Orgullo, de la Vanidad, del Lujo.

EL orgullo es una alta idea que forma el hombre de sí mismo, acompañada del menosprecio de los demas. El orgulloso es injusto en cuanto no se aprecia con equidad; él exagera su propio mérito, y no hace justicia al de los otros. El orgulloso manifiesta su imprudencia y su necedad; aspira á la estimacion, al aprecio, y á las consideraciones de los otros, al paso mismo que los ofende con su conducta, no acarreándose por lo comun sino su odio y su desprecio. El orgulloso es un hombre insociable, que se imagina que es el único centro de la sociedad, de la que quiere obtener esclusivamente el respeto y la atencion, sin tener por su parte consideraciones algunas á los derechos de sus asociados. El hombre orgulloso no ve en todo y por todo sino á sí propio, se figura que sus semejantes no existen sino para adorarle y rendirle sus homenajes, sin estar obligado por su parte á mostrarles su reconocimiento: el orgulloso es colérico, inquieto, irritable; todo lo cual denota la falta de un mérito real y verdadero: la buena conciencia, esto es, la estimacion merecida de sí mismo y de los demas, produce por sí propia la fortaleza, la confianza y la seguridad, y nunca teme verse privada de sus derechos.

¿No es en realidad desconocer el hombre sus propios intereses, el manifestarse orgulloso? El que aflige á los otros, les da motivo á que examinen los títulos del que pretende elevarse sobre ellos. y raras veces resulta de este examen que el orgulloso sea digno de la opinion que tiene ó que pretende que tengan de sí mismo. El verdadero mérito nunca es orgulloso, antes bien va regularmente acompañado de la modestia (1), virtud tan necesaria para traer á los hombres á que reconozcan la superioridad que se tiene sobre ellos, la cual siempre con trabajo llegan á confesar.

Todo hombre, sin la menor duda, se ama á sí mismo, y se prefiere á los otros; mas todo hombre desea ver estos sentimientos confirmados por los demas. Para que con justicia pueda apreciarse á sí mismo, y ver su amor propio apoyado en el dictámen público, es menester que acredite sus talentos, sus virtudes, unas disposiciones verdaderamente útiles, y unas cualidades que obliguen á los otros hombres al respeto. El amor legítimo de sí mismo, el aprecio fundado sobre la justa confianza de tener merecido el cariño y benevolencia de los otros, lejos de ser vicios, son actos de justicia,

(1) El que se examina profundamente, dice el filósofo ya citado, reconoce siempre las ventajas de la modestia: ni se ensoberbece de sus luces, ni conoce su propia superioridad. El talento es como la salud, que cuando se disfruta es cuando menos se advierte.

De l'Esprit. Disc. II. C. VII. pág. 90. Edic. en 4.

que deben ser ratificados por la sociedad, y á los cuales esta no puede menos de suscribir.

Prohibir al hombre de bien que se ame, que se estime, que se haga justicia, que reconozca su mérito y valor, es prohibirle que disfrute de la satisfaccion de una buena conciencia, la cual, como hemos visto, no es otra cosa que el conocimiento del juicio ventajoso que produce una laudable conducta. La opinion de su propia dignidad sostiene al hombre de bien contra la ingratitude, que ordinariamente le niega las recompensas que tan justamente tiene merecidas. La confianza que inspira el verdadero mérito permite ciertamente al hombre sabio esta ambicion legítima, que supone la voluntad y el poder de hacer bien á sus semejantes. ¿Que seria de la sociedad, si no les fuese permitido á las almas virtuosas aspirar á los honores, á las dignidades y á los destinos, en los cuales un corazon magnánimo puede ejercitar su beneficencia? En fin, los sentimientos de honor, el respeto de sí mismo, la nobleza de ánimo, impiden al hombre virtuoso envilecerse, y prestarse á las bajezas y á los medios vergonzosos, con los cuales tantos hombres con el mayor afan se engrandecen, sacrificando su honor á la fortuna. Las almas bajas y rastreras nada tienen que perder, porque acostumbradas al menosprecio de los demas, nunca han sabido apreciarse á sí mismos.

No prohibamos, pues, al hombre virtuoso,

benéfico é ilustrado que se aprecie á sí propio cuando tiene derecho para ello ; prohibamos , si , á todo hombre que pretende agradar á la sociedad , el que exagere su propio mérito , ó que haga de él un vano alarde en ofensa de los demas , porque perdería desde entonces la estimacion de sus conciudadanos : digámosle que la presuncion , ó la confianza infundada de los talentos y de las virtudes que no se poseen , es un orgullo muy ridículo , propio solamente de un necio , que en su delirio se figura estar dotado del mérito que en realidad no tiene. Temamos hacernos despreciables con esta fatuidad que se enamora de sí misma y de las cualidades de que tan destituida se encuentra. Si es cierto que estas cualidades nos adornan , no molestemos á los otros á fuerza de querer hacérselas conocer ; si son falsas , nos hacemos impertinentes y ridículos en el mismo momento que los otros han llegado á descubrir nuestro error ó impostura. Evitemos la arrogancia y la altanería que tanto ofenden y lastiman ; desechemos como una locura toda insolencia , la cual consiste en manifestarse orgulloso con aquellos mismos , á quienes se debe sumision y respeto : la grosería , la brutalidad y la falta de cortesía son los efectos ordinarios de un orgullo que se hace superior á toda consideracion , rehusando conformarse con los usos establecidos , y mostrar las deferencias y atenciones que los hombres se deben mutuamente.

Todo orgulloso cree sin duda que solo él está en la sociedad.

La *impudencia* puede ser definida el orgullo del vicio ; la desvergüenza es la osadía ó el descomedimiento de la vergüenza : solo la corrupcion mas completa y excesiva puede hacer que uno llegue á vanagloriarse de lo mismo que debiera avergonzarse á los ojos de sus conciudadanos. El esclavo , el hombre vil ó corrompido , que se gloria de tal , debe ser tenido por un insolente , por un hombre sin vergüenza.

La *vanidad* es un orgullo fundado en ventajas que son inútiles para los demas. La *vanidad* , se dice comunmente , es la gloria de las pequeñas *almas*. Un hombre verdaderamente grande nunca se lisonjea de poseer aquellas cosas que reconoce inútiles para la sociedad. El orgullo del nacimiento es una pura vanidad , pues que se funda en una circunstancia casual que no depende en manera alguna de nuestro propio mérito , y de la cual no resulta bien alguno al resto de los hombres. La ostencion , el fausto , la pompa y el ornato son señales de una vanidad ridícula ; y manifiestan que un hombre se estima á sí mismo y quiere ser estimado de los otros por meras exterioridades , en nada interesantes para el público. ¿ Que ventajas resultan de que un hombre deslumbre la atencion de las gentes con sus doradas carrozas , con sus magnificas libreas , con sus costosos friones ? Los convides suntuosos del

pródigo no son útiles mas que para algunos gorristas que pagan con adulaciones al necio que los regala.

El lujo es una emulacion de la vanidad que reina entre los ciudadanos de las naciones opulentas. Esta vanidad, alimentada con el ejemplo, llega á ser para los ricos la mas urgente de las necesidades, por quien y á quien se sacrifica todo. En vista de los atentados y delitos que esta vanidad epidémica ocasiona todos los días, no es posible suscribir al dictámen que algunos escritores, por otra parte bien intencionados, han formado del lujo. Es verdad que él atrae las riquezas á un estado; ¿mas estas riquezas socorren las miserias del mayor número? No sin duda: los metales atraídos por el lujo se reconcentran desde luego en un pequeño número de manos, y no salen de ellas sino para alimentar el lujo de las riquezas, sin dar el menor socorro á los labradores, á los ciudadanos laboriosos, ni á las artes verdaderamente útiles, que el lujo mira con desden. Los tesoros del hombre vano estan reservados á su fausto, á su molicie y á sus placeres. Él los reparte á manos llenas entre los aduladores, los corredores de sus vicios, las rameras, y los pícaros de toda especie; no conoce el placer de la beneficencia, y nunca tiene con que alentar ni socorrer á los virtuosos desgraciados; los dispendios necesarios para su lujo no le dejan medios algunos de hacer bien. La vani-

dad endurece el alma, y cierra el corazon á la benevolencia y á la compasion. En fin, así como de pequeñas causas multiplicadas resultan los mas grandes efectos, de la vanidad pueril del lujo dimana siempre la ruina de los mayores estados. La vanidad nacional es siempre efecto de un gobierno injusto y vano: descontento cada uno con su suerte, solo trata y se afana por salir de su esfera.

Es, pues, igualmente interesante á la política y á la sana moral contener y deprimir el lujo, y curar á los hombres de la fatal vanidad que le produce. Para esto es necesario formarse ideas exactas de este mal contagioso, tan funesto á las sociedades como á los individuos. Parece debe entenderse por *lujo*, todo gasto ó dispendio que solamente tiene por objeto la vanidad, el deseo de igualar ó de exceder á los otros, y el designio de hacer de sus riquezas una inútil ostentacion; ademas deben llamarse *gastos de lujo* todos aquellos que esceden nuestras facultades, ó que debieran ser empleados en usos mas necesarios y conformes á los principios de la moral. El soberano de una nacion opulenta no puede ser acusado de lujo cuando, sin oprimir á sus súbditos, erige ó edifica un palacio, cuya magnificencia anuncie á los ciudadanos que aquella es la residencia de un gefe supremo, ocupado en su felicidad y digno de sus respetos. Este mismo soberano puede tambien adornar su habitacion y morada

con la pompa y magnificencia que el buen gusto le dicte , con tal que estos adornos no sean comprados á costa de la felicidad pública. Pero un monarca que , para saciar su orgullo , arruina su pueblo con impuestos , le abisma en la miseria , y le insulta despues ofreciendo á su vista soberbios edificios , es un tirano reo de un lujo criminal , y cuyos enormes y costosos dispendios solo merecen el odio y execracion de las almas justas.

Que un príncipe animado del reconocimiento , construya un asilo espacioso y cómodo para los militares inválidos que le han servido , no podrá por esto acusársele de lujo ó de vanidad ; pero si consultando únicamente su inclinacion al fausto , en vez de un retiro de la indigencia , erige un soberbio palacio , gravoso para su pueblo , este monarca ya no es benéfico , sino que trata de satisfacer su orgullo , manifestando un lujo muy inútil , y habria empleado mucho mejor su dinero , si omitiese estos vanos ornatos , afin de sustentar con su importe mayor número de infelices.

Un grande ó un particular opulento pueden sin lujo construir para sí una habitacion agradable , y adornarla con gusto y comodidad ; mas son unos insensatos si se proponen igualar la magnificencia de un rey ; son criminales si la erigen á costa de sus conciudadanos ; y son en fin culpables de la locura mas reprehensible si contentan su vanidad arruinando á su descendencia.

Todo hombre de conveniencias puede vestirse de un modo que le distinga del pobre , y puede así mismo sin lujo gastar coche y tener un cierto número de criados ; pero si cada dia hace ricos vestidos , costosos trenes y preciosas alhajas ; si llena su casa de inútiles y ociosos criados , daña y perjudica á todos aquellos á quienes debiera aliviar ; él hace , sí , ricos á los plateros , sastres y guarnicioneros ; mas priva á los campos de labradores que los cultiven , multiplica los holgazanes y viciosos , y causa un verdadero mal á la sociedad ; y si de este modo trastorna y pierde su casa y sus negocios , se perjudica á sí mismo , y roba á sus acreedores. En fin , daña á los demas hombres menos pudientes que él , porque su ejemplo anima y fomenta la vanidad , siendo las comodidades y la pompa del rico un lujo destructor para estos.

Los ricos y los grandes pueden muy bien disfrutar los placeres de la mesa , reunir en ella á sus amigos , darles una buena comida , y escoger para ella los mejores y mas delicados manjares. ¿ Mas no es una vanidad extravagante no contentarse con los frutos y géneros que produce el pais ? ¿ No es una verdadera locura el querer competir con los banquetes de los soberanos , arruinándose enteramente ? ¿ No es una dureza y crueldad el sacrificar á su vanidad quimérica lo que bastaria para alimentar á muchas familias virtuosas , que ni aun pan tienen para su alimento ?

Lo que en el rico es necesario , es un lujo para el pobre. El hombre opulento contrae mil necesidades que el pobre debiera siempre ignorarlas. El uso del tabaco es un lujo ruinoso para el trabajador ó jornalero que apenas gana para vivir. El rico puede frecuentar los espectáculos sin arruinarse , mas el artesano se pierde si se aficiona á ellos.

El lujo , por último , saca á todos los hombres de su esfera , y fomenta en ellos mil necesidades imaginarias , á las que locamente sacrifican con frecuencia las necesidades mas verdaderas y los mas sagrados deberes. En un pays de lujo , lo agradable prevalece siempre sobre lo útil ; la vanidad de lucir y de aparentar hace que nadie esté tranquilo y satisfecho ; cada uno se escede en gastos ; y todos , desde el soberano hasta sus mas ínfimos súbditos , viven descontentos son su suerte. No hay uno que no esté atormentado de una vanidad envidiosa , que le hace avergonzarse de ser sobrepujado por los otros ; cada uno se tiene por despreciable desde que no puede escederlos ó igualarlos. Esta vanidad degenera en una manía tal , que el suicidio no es raro en las ciudades dominadas por el lujo ; el sontojo de verse el hombre abatido y humillado á vista de los otros hombres le reduce á la desesperacion.

La ambicion , que por las desolaciones que produce en el mundo , se llama la pasion de las grandes almas , no es regularmente sino efecto

de una vanidad inquieta y descontenta de su suerte : esta sed insaciable de dominacion y de gloria , es una locura que en lugar de conducir á la verdadera gloria , debiera conducir á la pública execracion. Un conquistador es las mas veces un genio pequeño y miserable , el cual , siendo incapaz de gobernar bien á los antiguos súbditos que el destino le ha confiado , tiene la necia presuncion de creer que gobernará mucho mejor á los nuevos que intenta subjugar. Si Alejandro , por la sabiduría de su conducta y de sus leyes , hubiese hecho felices los estados que habia heredado de sus padres , se le perdonarian quizá sus conquistas en el Asia ; mas este héroe , engreido con sus victorias , tiene la necia vanidad de ser tenido por hijo de Júpiter , y muere sin haber dado la mas pequeña señal de sabiduría , de talento , ni de virtud , sin las cuales no existe ciertamente ni honor ni gloria verdadera.

Lo que vulgarmente se llama *honor* en la mayor parte de las naciones , es solo , como hemos visto , una vanidad cosquillosa , la cual , inquieta siempre con el conocimiento de su poco mérito , y temerosa de verse humillada en la opinion de los otros , conduce muchas veces al hombre á los mas terribles excesos. En fuerza de las preocupaciones en que se funda este honor , el hombre culpable de un asesinato , de un verdadero delito , se presenta soberbio y orgulloso en medio de la sociedad ; su feroz

vanidad le persuade que tiene derecho á la estimacion pública, por haber tenido la audacia de matar á un ciudadano á sangre fria, y de insultar á las leyes.

En fin, de todos los vicios de los hombres, quizá ninguno hace cometer tantos delitos como la vanidad, sin contar las locuras y caprichos á que los precipita á cada paso. Esta vanidad persuade á los poderosos de la tierra, que un fasto ruinoso para los pueblos es el único medio de merecer la atencion y respeto de los hombres imbéciles; segun estos principios, las naciones están condenadas á regar la tierra de sangre y de sudor, para que sus soberbios y orgullosos tiranos luzcan con ostentacion, erijan suntuosos edificios, y conserven el esplendor de su trono. Príncipes! dejad vuestra pompa; gobernad con justicia á vuestros súbditos; trabajad en hacerlos felices, y no tendréis necesidad de ofuscarlos con un vano aparato, indicio seguro de una pequeña alma que así procura ocultarse bajo la máscara de una grandeza aparente.

Los grandes, los nobles, los ciudadanos mas distinguidos de las naciones, por un efecto de sus preocupaciones, sacrifican de continuo su felicidad permanente y duradera á las necesidades imaginarias que inventa la vanidad. Así los vemos permutar su tiempo, su libertad, su honor, su fortuna, y aun su vida, por títulos, por vanos sonidos, por cintas y por dijes; ¡fútiles distinciones, de las cuales, á falta de mé-

rito y de virtudes, necesitan tantos hombres para hacerse nobles é ilustres á los ojos de sus conciudadanos! Los privilegios injustos, las vanas precedencias, las prerogativas ideales producen ordinariamente contiendas, divisiones y partidos que desunen las cortes, que ponen á las naciones en guerra, y que á veces trastornan y trastornan al universo entero.

La moral, á pesar de no ser atendida, no puede menos de repetir de continuo á los hombres que cultiven su razon, que reflexionen las consecuencias de sus locas vanidades, y que se convenzan de que en la virtud sola consiste la gloria, el honor, la nobleza y la verdadera grandeza. ¡Cuan pequeños aparecen los mas grandes hombres á los ojos de los que meditan y ven lo pequenuelo de las causas que ordinariamente mueven la máquina del mundo! Insustanciales y minuciosas disputas, vanas opiniones, hipótesis ridículas y pueriles, terca-mente sostenidas por hombres los mas necios y caprichosos, bastan para encender odios inmortales, y para turbar el reposo de las naciones.

La obstinacion, confundida las mas veces con la firmeza, con el amor de la virtud, con el zelo por la justicia, no es comunmente sino efecto de una vanidad despreciable, por la cual el hombre forma un punto de honor en no darse por vencido. El hombre terco tiene la locura de creer que su razon superior no puede

engañarle en manera alguna; su amor propio raras veces le permite ser justo; persiste en la injusticia, y se imagina que va toda su gloria en no retractarse jamas. ¿Hay un extravío mas comun y mas funesto? ¿Que cosa ciertamente mas honrosa y mas noble que una franca confesion de su error, y el sincero homenaje que se rinde á la verdad? Siempre conocemos una grandeza de alma y una fortaleza admirable en el que sabe sujetar su vanidad, así como despreciamos al hombre terco y porfiado, cuyo inflexible orgullo no quiere ceder jamas. ¿De cuantos torrentes de sangre no ha sido mil veces inundada la tierra por la obstinacion y terquedad de algunos especuladores y políticos, empeñados en hacer adaptar á las naciones sus dictámenes como oráculos infalibles! ¿Que de males y desolaciones no ha causado la máxima soberbia y perniciosa de tantos soberanos, persuadidos que se les tenia de que *la autoridad jamas debe retroceder!* Nunca un príncipe es mas grande y mas amado de su pueblo, que cuando reconoce que ha sido engañado, y remedia los males que han podido causar sus errores.

Amamos á las personas tímidas y dóciles, porque nos prometemos disponer de ellas á nuestro agrado y voluntad; mas sin embargo esta misma timidez, que tan amable nos es, y que frecuentemente confundimos con la modestia, no suele ser á veces sino efecto de una

vanidad secreta, la cual se humilla, temerosa de no ser respetada tanto como ha creído que merece: este amor propio delicado no quiere arriesgarse á los asaltos que conoce no puede sostener.

En una palabra, no hay formas de que el amor propio no se revista para encubrirse. Cuando esta pasion hipócrita no tiene valor para mostrarse á descubiertas, toma tales rodeos y disfraces que apenas pueden conocerlos los mas atentos observadores. Sin equivocacion podemos decir que la vanidad, ó clara ó encubierta, es el móvil universal de la mayor parte de los hombres: muchas veces camina tan de oculto, que hasta nosotros mismos la ignoramos; á cada momento se transforma y nos engaña; y á veces, sin advertirlo nosotros, nos arrastra poco á poco á las mas ofensivas y criminales acciones que nos causan eternos pesares y arrepentimientos.

Los intereses mal entendidos, un amor propio inconsiderado, una pueril vanidad, he aquí los verdaderos azotes y castigos de las naciones y de las sociedades particulares: estas por desgracia vienen á ser unas palestras, donde cada uno se presenta, por decirlo así, á ostentar y hacer alarde de su vanidad; cada uno quiere en ellas sobresalir, dominar á los otros, y hacer siempre uno de los primeros papeles. Así es que entre los entes que se llaman sociables, se hace necesaria una incómoda circunspeccion y

un temor continuo , á fin de no ofender las pretensiones impertinentes de cuantos se nos acercan. Los mas íntimos y familiares amigos se hallan espuestos por lo tanto á desavenirse , á separarse para siempre , y aun á quitarse la vida los unos á los otros por una sola indiscreta palabra , insufrible á su vanidad y orgullo. Nada mas difícil ni mas peligroso que entre hombres que hacen consistir su honor y su gloria en vanas puerilidades , las cuales hacen á veces á los ciudadanos de una nacion civilizada tan coléricos , tan vengativos , tan crueles como los salvages mas estúpidos. Al ver los objetos en que los mas de los hombres fijan su vanidad ó sus derechos , podemos mirarlos como unos niños , incapaces de llegar jamas á la edad de madurez (1). No se ven en el mundo mas que hombres , cuyo amor propio de continuo se considera lastimado y ofendido por el de los demas ; solo vemos en él insensatos que tienen la locura de exigir de todos lo que ellos no conceden á nadie.

Al orgullo , á la presuncion , á una loca vanidad debe atribuirse ciertamente el vicio de esos tiranos de la sociedad , que se llaman hombres *delicados* y *exigentes*. Una altivez la

(1) El Caballero Digby observa que « los hombres tienen un deseo tal de parecer superiores á los otros , que llegan al extremo de gloriarse de haber presenciado lo que nunca vieron. » De aquí las mentiras y patrañas de los viajeros , las exageraciones de los novelistas , etc., etc., etc.

mas injusta los persuade que se les falta al respeto á cada momento , y que no se les guardan las atenciones que merecen , siendo así que ellos son los que faltan con mucha frecuencia á lo que deben á sus mismos amigos , y á todos los hombres.

Nada es mas incómodo en el comercio de la vida que los hombres de este caracter ; nada mas injusto que el orgullo de los que quieren ser amados de todos , no amando ellos á ninguno ; nada tan comun como los hombres que desean ser respetados de aquellos mismos á quienes desprecian , manifestándose á veces sin la menor reserva ni rodeo. Nada mas insociable que un amor propio que todo lo refiere á sí mismo , sin jamas respetar el amor propio de los demas. Los hombres mas exigentes y delicados son por lo comun los que tienen menos derechos á la estimacion de aquellos de quienes exigen el respeto y la devocion mas completa.

Al considerar la conducta de la mayor parte de los hombres , ocupados de continuo en sus pueriles vanidades , podemos mirarlos como unos niños á quienes la razon no puede curar de sus locuras. Una necia vanidad y un orgullo despreciable dirigen é inficionan todas sus acciones , y son las palancas que hacen mover al mundo.

Mas por otra parte , aquel que se despreciase enteramente á sí mismo , poco ó nada se afanaria en merecer la estimacion de sus seme-

jantes, que tan apreciable debe ser para todo hombre. Los que se reconocen poco dignos de aprecio y consideracion, se abandonan, y cometen bajezas de las cuales su amor propio ya envilecido no se avergüenza: si les queda todavía alguna energía, se hacen impudentes y atrevidos, despreciando altamente el que dirán. Nada es mas peligroso que los hombres envilecidos que han renunciado enteramente á la estimacion pública (1).

Haciéndose el hombre justicia á sí mismo, entrando algunas veces en el fondo de su corazón, podrá moderar poco á poco los ímpetus violentos de una vanidad que parece innata en la naturaleza humana. La equidad nos enseña á no encarecernos las cualidades que podemos poseer. Si todo hombre, de buena fe consigo mismo, se preguntase en que consiste pues esta preeminencia que se arroja sobre los otros, si examinase á sangre fría los títulos con que exige los respetos y consideraciones de los demas, y que no teniéndolos, se adjudica de su propia autoridad, es de creer que este examen habitual le haria mas reservado, y desde luego mas apreciable á la sociedad, la cual le agradecería los sacrificios que hiciese en su obsequio. Hagámonos, pues, verdaderamente

(1) « Decir uno de sí mismo menos bien de lo que puede y debe, es necedad y no modestia: contentarse uno con menos de lo que vale, es cobardia y pusilanimidad, segun Aristóteles. »

Essais de Montaigne, lib. II, cap. 6.

estimables,

estimables, y no necesitaremos de artificios para hacer que nos estimen. ¡ Cuantos hombres se ahorrarian de mil inquietudes y penalidades, si reconociesen lo que son !

Por falta de estas sencillas reflexiones, una desagradable vanidad vicia todas las acciones del hombre, puebla la sociedad de una multitud de insensatos, que prefieren el necio placer de parecer felices al de serlo realmente; y llena el trato de las gentes de vanidosos, de fatuos, de impertinentes, de presumidos, de hombres hechos de persona, y de atolondrados, que se esfuerzan y fatigan por hacerse ridículos, y aun insoportables muchas veces. La mitad del género humano se ocupa de continuo en burlarse de la otra mitad, en venganza de las ofensas que los unos se hacen á los otros. Cada cual se esfuerza solo en aparentar, en llamar la atencion de las gentes é infundirlas respeto, fingiendo aquellas cualidades que supone capaces de hacerle conseguir la preferencia que ambiciona; mas ninguno entra en su interior (1); ninguno se fatiga en adquirir las cualidades que el público no podria menos de reconocer y respetar. En fin, ninguno procura mostrar en su conducta aquella modestia que le agrada siempre en los demas. Para conseguir un lugar distinguido en la opinion pública, los mas de los hombres se toman unos trabajos tan mo-

(1) *At nemo in sese tentat descendere, nemo...*

PERS. SATIR. 4. vers. 23.

Tomo I.

L

estos como continuos , y por último solo consiguen regularmente hacerse incómodos y despreciables á los ojos de aquellos mismos cuyos respetos ansiaban. El camino mas seguro para la estimacion , es el merecerla con virtudes reales y verdaderas. Todo hombre que se aprecia á sí mismo en mas de lo que vale , solo consigue por lo comun degradarse , y perder una parte de lo que justamente merece.

~~~~~

### CAPITULO III.

*De la Cólera , de la Venganza , del mal Humor , de la Misantropia.*

LA cólera es un aborrecimiento repentino , mas ó menos permanente , de los objetos que juzgamos contrarios á nuestro bienestar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpetuamente ocupado en su propia conservación y felicidad , pero nada tampoco mas necesario á una criatura racional y sociable que reprimir los movimientos impetuosos , tan perjudiciales á sí propio como á los que viven con él. En general la razon prueba que todo hombre en sociedad debe , por su mismo interes , armarse contra todas las impulsiones que le perturban é impiden usar de su juicio , de su reflexion , y de la esperiencia que debe servirle de guia. « El sabio , dice Epicuro , puede ser

» ofendido por el odio , por la envidia , y por  
 » el desprecio de los hombres ; pero está  
 » seguro que en él consiste hacerse superior  
 » á toda injuria con la fuerza de su razon. La  
 » sabiduría es un bien tan sólido , que impide  
 » al que la posee salir de su estado natural , ó  
 » cambiar de carácter con la cólera , aun  
 » cuando su voluntad fuese esta » (1).

La cólera , lo mismo que todas las pasiones , puede ser detenida , contrapesada , y reprimida con el temor de las consecuencias molestas que puede acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional , es decir , debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro , de aquellos que prudentemente debe resistir : debe estar habituado á regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad : debe haberse acostumbrado desde muy temprano á vencerse , y con la costumbre de hacerlo facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo : todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza , es un miembro dañoso en la sociedad. Los príncipes , los grandes , los ricos , asi como las gentes del pueblo , son los mas

(1) *Detrimenta quæ ex hominibus, sive odii, sive invidiæ, sive contemptûs causâ fiunt, sapientem autumat ratione superare. Eum verò qui semel fuerit sapiens, in contrarium habitum transire non posse nec sponte variare.* Diogen. Laert. de vitis et dogmatibus philosophorum. Lib. X. Sec. 117.